

ALEJANDRO DUQUE AMUSCO, *Donde rompe la noche*, Calle del Aire 133, Sevilla, Renacimiento, 2015 (segunda edición, ampliada y definitiva), 83 pp.

JOSÉ MARÍA BALCELLS DOMÉNECH
Universidad de León

De un poeta se espera que reseñemos su entrega creativa más reciente, pero en algunos supuestos esa norma admite excepciones, porque la novedad no es en esta ocasión un nuevo libro dado a la estampa, sino un conjunto editado por vez primera hace algo más de cuatro lustros, en 1994, si bien ahora, en una nueva salida pública, aparece en una segunda versión ampliada que, según se hace constar, es definitiva. Una fórmula editorial semejante ya la había experimentado Duque Amusco en el 2009 cuando sacó a la luz otra vez *Sueño en el fuego*, conjunto aparecido diez años antes, pero ampliado en una segunda edición, presentada también como definitiva. Pero el supuesto presente, aunque repita el procedimiento, es distinto en significación y por tanto en alcance, porque *Donde rompe la noche* es el libro de referencia del autor, y con el que obtuvo en su día el premio Loewe.

A *Donde rompe la noche* ha incorporado el poeta un preliminar discursivo al que puso el título de «A modo de poética», añadiéndole la coletilla de «por

alguien que no cree en las poéticas», y de cuyo contenido daremos cuenta después. Asimismo figuran cuatro composiciones añadidas a la edición primera. Son éstas: «Faro», «Mujer sola», «Horas destejidas» y «Oscura plegaria». Al término del libro constan asimismo unas «anotaciones» de Duque Amusco. Van precedidas de los quince haikus que figuraban en el libro cuando éste recibió el Loewe, y que, sin embargo, el poeta los desgajaría de él, sacándolos a luz en el 2004.

La causa fue un curioso malentendido sobre el que informa a los lectores en una «Explicación» antepuesta a *Briznas*, título común que puso a esta serie de textos breves de inspiración técnica oriental y japonesista. La confusión consistió en haber creído erróneamente que a un miembro del jurado, el mejicano Octavio Paz, tan experto en saberes y vivencias extremo-orientales, no le habían complacido esos haikús, cuando en realidad fue lo que más le había gustado de todo el conjunto *Donde rompe la noche*.

Antes de proceder al comentario de esta edición renovada de *Donde rompe*

la noche, recordemos que Alejandro Duque Amusco es, además de un excelente poeta, un buen conocedor de la obra de tres grandes líricos españoles, a quienes también ha editado: Carlos Bousoño, Francisco Brines y sobre todo Vicente Aleixandre, siendo de lectura inexcusable las múltiples y cuidadosas ediciones que de éste último ha preparado, entre las que destacan los volúmenes que contienen las *Poesías completas* y las *Prosas completas*. Además, ha traducido al español a poetas de otras literaturas, así John Keats, Paul Valéry y Constantino Kavafis.

Dio a conocer Duque Amusco (1949) su entrega poética primera cuando comenzaba la segunda mitad de los setenta, en 1976, publicando *Esencia de los días*, libro al que siguió en 1978 *El sol en Sagitario*. Cinco años más tarde iba a estampar *Del agua, del fuego y otras purificaciones*. Luego aparecerá *Sueño en el fuego* (1989), y en 1994 saldría *Donde rompe la noche*, suponiendo, por consiguiente, el quinto de sus conjuntos poéticos. Se demoró posteriormente una década la aparición de un nuevo libro de poemas, *En el olvido del mundo* (2004), al que seguiría en el 2008 *A la ilusión final*.

Antecede a *Donde rompe la noche*, como decíamos, el escrito «A modo de poética, por alguien que no cree en las poéticas». Esta declaración de incredulidad sobre las poéticas al uso se confirma cuando uno lee ese texto, en el que se evita el tópico pronunciamiento, tantas veces presuntuoso, acerca de qué sea o pueda ser la poesía. Tampoco se expresa

el parecer del autor acerca de sí, a lo largo de su trayectoria creativa, ha habido evolución o no, y en caso afirmativo de qué tipo, en su concepto y en su práctica poemáticas. Y es que las reflexiones de Alejandro Duque Amusco se centran en tres puntos: el de la necesaria renovación del significado de las palabras que puede lograrse en poesía; el rol importantísimo del lector en conferir sentido al poema; y la desestima de una poética preponderantemente catárquica.

Dos aspectos más podríamos subrayar. Primero: el anticonvencional planteamiento de que «el poema nace de una oscuridad (...) y va a otra...», siendo autor y lectores origen y puerto de acogida de esa oscuridad. Segundo: escribir «para luego» sería como «condenarse» a perdurar, una pretensión tan ilusoria como la de decirnos, cuando no adoctrinarnos, sobre qué sea la poesía. Y en este punto recuerda oportunamente, para el conjuro de tales ínfulas, que en la tumba de Keats está escrito que nunca debe ignorarse que el poeta es en el agua donde escribe su nombre.

La crítica ha inscrito en ocasiones la lírica de Alejandro Duque Amusco dentro de los parámetros del denominado nuevo esencialismo poético. Entre las vertientes que se dan en esta clase de poética, se ha hecho notar que en su práctica no se otorga rango prominente a la retórica mientras la metapoesía alcanza notable relevancia. La reducción de lo retórico conlleva que el poema se ciña a lo más esencial en su forma y en su decir lírico, propendiendo a su despojamiento

y desnudez a la par que por esa vía se adentra el poeta en la indagación.

Esas notas, plasmadas y enriquecidas desde su personal sentir y crear, se hallan en la poesía del autor, y por ende en *Donde rompe la noche* y en *Briznas*. Comenzando por referirnos a esta última gavilla lírica, señalaré que el ceñimiento expresivo resulta ya rasgo pertinente del género, interpretándolo Duque Amusco de un modo admirable por su capacidad de sumergirse en sus condicionantes y presentar los pretextos inspiradores al lector bajo un prisma muy original. En ese grupo de textos no faltan imágenes de la naturaleza muy sugerentes y conseguidas, y tampoco resonancias machadianas, bien acordes aquí, dada la seducción que la poesía haikuista ejerció sobre el autor de *Soledades*.

Si dejamos aparte *Briznas*, el libro *Donde rompe la noche* se estructura en tres secciones. Sin titulación la primera, las otras dos llevan como título respectivo «Trazos negros sobre pergamino blanco» y «Conversación con Jonás». Esta última conforma un discurso lírico unitario, aunque en tres momentos. Las anteriores, en cambio, las integran 16 y 21 poemas cada una, poemas que en la sección primera se titularon, salvo en el caso de «En la memoria errante», con una única palabra, lo que también ocurre en la parte inicial de la segunda. No me ha parecido ociosa esta observación, porque resultan denotativas, estas titulaciones sintéticas, de una poética esencialista.

Si tuviese que elegir una de las claves más relevantes de la sección ini-

cial, me decantaría por la que refleja la palabra «penumbra», no sin considerar también la voz «incertidumbre». Según mi lectura, es ese espacio no definido ni definitivo, ese espacio «entre» lo que es y lo que no es, aquello que primordialmente suscita el crear lírico del autor textual manifestado por el sujeto dicente. Ese ámbito de penumbra sigue en el trasfondo de la segunda de las secciones, en la que, una vez, la música apenas perceptible, tenue por amortiguada, converge en ese «entre» del que hablábamos, al igual que lo hace ese morir que no es morir del poema «En el último día».

No obstante, la clave de la sección segunda la representaría, a mi entender, la fugacidad del existir temporal y de todo cuanto la vida comprende, convirtiéndose la escritura en una suerte de *consolatio*, lo que se expresa en el tramo final del poema «El baúl de Lisboa». La reflexión sobre la palabra poética es lo que me parece más nuclear en la parte tercera de *Donde rompe la noche*, siendo asimismo muy significativa esa vertiente en la sección que la antecede, cuyo título, «Trazos negros sobre pergamino blanco», aporta un indicio al respecto, indicio corroborado por el poema con el que se abre la serie, «Ars Poetica», en cuyas dos líneas se comprime la tesis de la creación poética como revelación que contribuye a seguir creando el mundo.

Anticipábamos más arriba que las meditaciones acerca de la creación poética son muy reveladoras de una poética esencialista que indaga en atmósferas intermedias, y las secciones segunda y ter-

cera lo atestiguan, ésta última por entero, conectando también algún momento de la misma con esa mirada «entre» del poeta que ya hemos señalado en las secciones anteriores, así cuando el hablante le dice a Jonás que «...las palabras se encienden/ y se apagan...».